

Decir lo mismo

(Frege y Santo Tomás)

Juan José Sanguinetti

“Sapientia”, 45 (1990), pp. 31-38. XI Semana Tomista, “Pensamiento y lenguaje”, Buenos Aires, 8-12 de septiembre de 1986

1. La misma verdad

Dos enunciados son idénticos, aunque empleen diversas expresiones, si dicen lo mismo de lo mismo. “La nieve es blanca” es idéntica a la proposición “la neve è bianca”, pues con signos diversos ambas significan la misma cosa.

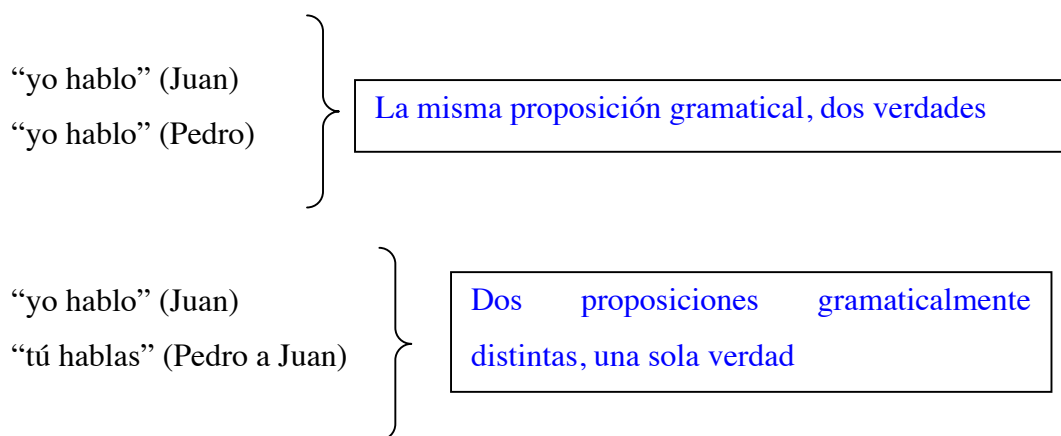
Pero, ¿qué es esa “misma cosa”? Si decimos “ahora llueve” un día cualquiera de lluvia, y volvemos a decir lo mismo otro día de lluvia, nos referimos a dos hechos numéricamente distintos, aunque formalmente idénticos. O si afirmamos “éste es un hombre”, primero de Pablo y luego de Andrés, tenemos dos proposiciones gramaticalmente idénticas, pero diversas en realidad, en cuanto se refieren a dos individuos diversos. La distinción se hace explícita si añadimos una indicación temporal a la frase, diciendo “hoy, 10 de noviembre, llueve”, y “hoy, 15 de noviembre, llueve”, o si damos una breve descripción de *éste* con relación a Pablo y Andrés.

En su artículo *El Pensamiento*, Frege ha hecho notar que el término *yo*, usado normalmente por el hablante para autoseñalarse, significa individuos distintos de boca en boca de cada uno de ellos y que, por tanto, frases como “yo hablo”, “yo paseo”, etc., dichas por varias personas, son proposiciones diversas¹. Esto vale para los demás pronombres personales y, en general, es semejante a los casos antes mencionados.

No se ha de olvidar, sin embargo, que la proposición expresa la realidad en el modo en que la conocemos, y que hay diversas maneras de conocer una misma realidad. En este sentido, para Frege, las frases “yo hablo” y “tú hablas”,

¹ G. Frege, *Thoughts*, en *Logical Investigations*, Basil Blackwell, ed. P. Geach, Oxford 1977, p. 11. En adelante citamos *Thoughts* por esta edición.

pronunciadas por un hablante y su interlocutor, expresan *la misma verdad*. Tenemos pues:



Escribe Frege al respecto:

“Considera el siguiente caso. El Dr. Gustavo Lauben dice: ‘yo he sido herido’. Leo Peter le escucha y afirma días más tarde: ‘el Dr. Gustavo Lauben ha sido herido’. ¿Expresa esta oración el mismo pensamiento que el manifestado por el Dr. Lauben?”².

La respuesta de Frege es que, efectivamente, esas dos sentencias expresan el mismo pensamiento (podemos traducir por el momento: la misma verdad) para quien sepa que *yo* es idéntico, en este caso, a *Dr. Lauben*. Y así desplaza el problema al ámbito de los nombres propios, que domina mejor. Dos nombres propios diversos pueden tener la misma referencia pero distinto sentido cuando, refiriéndose al mismo objeto, uno conlleva una presentación del objeto diversa de la del otro³. La identidad personal no se presenta del mismo modo a cada uno y a los demás:

“Cada uno está presente a sí mismo de un modo muy especial y primitivo, en el cual no se presenta a ningún otro. Y así, cuando el Dr. Lauben tiene el pensamiento de que ha sido herido, se basará probablemente en este modo primitivo de presentarse a sí mismo. Y sólo el Dr. Lauben puede llegar a tener pensamientos especificados de este modo. Pero luego él puede querer comunicarse con otros. No puede comunicar un pensamiento que sólo él puede tener. Por tanto, si dice ‘yo he sido herido’, debe usar *yo* en un sentido que pueda ser captado por los demás, quizá en el sentido de ‘aquél que está hablando contigo en este momento’; con esto él consigue que las condiciones que acompañan a su expresión sirvan a la expresión de un pensamiento”⁴.

² *Ibid.*

³ Cfr. G. Frege, su artículo *On Sense and Meaning*, en *Translations from the Philosophical Writings of Gottlob Frege*, Basil Blackwell, ed. P. Geach, Oxford 1980, pp. 56-78. El *Bedeutung* de Frege se traduce mejor por *referencia* que por *significado*.

⁴ *Thoughts*, pp. 12-13.

Cabría pensar entonces que, si dos proposiciones emplean nombres con diverso sentido (diversa presentación) pero idéntica referencia, esas proposiciones tendrán también sentido diverso, pero se referirán a la misma verdad o, como dice Frege, expresarán un mismo pensamiento.

La postura de Frege, sin embargo, no es del todo clara con relación a lo que él llama pensamiento (*Gedanke*). La proposición para él es un vehículo lingüístico que expresa un *sentido*, y ese sentido es el *pensamiento*, que puede ser verdadero o falso; aquello que lo hace verdadero, su valor de verdad, es su *referencia*. Frege suele entender por “pensamiento” el sentido inteligible de la proposición, pero algunas veces -y es el caso del ejemplo propuesto- parece darle el significado de “pensamiento verdadero” (lo que en lenguaje ordinario denominamos “una verdad”), confundiendo así con la referencia.

Desde luego, el “pensamiento” no es para Frege el acto psíquico, particular en cada hombre (que él llama “idea” o “representación”), sino el contenido inteligible que varias personas, si están pensando lo mismo, pueden aferrar (sería el concepto objetivo de la tradición escolástica). Así, si varios piensan “el Dr. Lauben está herido”, aunque sus actos mentales sean diversos, están teniendo un mismo pensamiento. Como es sabido, Frege postula un ámbito de objetividades donde se sitúan los pensamientos, verdaderos y aun falsos, como un mundo racional separado de la realidad sensible. No nos interesa aquí, de todos modos, discutir el posible platonismo objetivista de Frege, sino examinar el problema de “decir lo mismo” con ayuda de sus sugestivas reflexiones en torno al sentido y la referencia, para establecer una comparación con la doctrina de Santo Tomás sobre la verdad.

2. Identidad de la verdad objetiva en Frege

Se dice lo mismo, para Frege, cuando se expresa una misma verdad. Si bien el fuerte objetivismo lógico dificulta a veces a Frege la distinción entre la lógica y la ontología, hay un elemento central de su doctrina que implícitamente abre la puerta a esta diferenciación: el objeto puede presentarse de un modo diverso. ¿Cómo se conoce, entonces, su identidad? Frege carece de una ontología para poder responder a esta pregunta. Él se limita a constatar en el lenguaje tal identidad, que es una identidad referencial. Al decir “yo hablo” y mi interlocutor afirmar “tú hablas”, nos

estamos refiriendo a lo mismo de modo distinto. Eso “mismo” es un hecho individual situado en un momento del tiempo, aunque Frege prefiere verlo como un “pensamiento verdadero”.

A nivel de términos el problema tienen un cariz peculiar, quizá más fácilmente solucionable por la tradición filosófica. Como hemos dicho, para Frege dos nombres propios diversos pueden tener la misma referencia y distinto sentido, como es el caso de “César” y “el conquistador de la Galia”. Podemos llegar a este discernimiento, en la doctrina escolástica, porque el individuo posee propiedades esenciales y accidentales que lo individualizan. Si el mismo individuo se me presenta de modo diverso, ¿cómo sé que es el mismo? La presentación diversa afecta a sus accidentes, pues si se me muestra como esencialmente diverso, evidentemente ya no lo veré como el mismo. No hay identidad numérica si no se presupone una identidad específica. Pero esta última no es suficiente. Para que yo me dé cuenta de la presencia del mismo individuo bajo diversas manifestaciones fenoménicas, tengo que haberlo previamente individualizado, y aquí entra, sin duda, la tesis de Saul Kripke sobre la “fijación de la referencia”⁵, que viene a completar la teoría de Frege. Una vez fijada la referencia, en principio podemos “seguir” al individuo a través de sus continuos cambios accidentales.

La cuestión es más complicada cuando se trata de identificar lo expresado por las proposiciones, pues si los términos se refieren a cosas u objetos, las proposiciones se refieren a algo que puede llamarse, según los casos, “hechos”, “estados de las cosas” (el *Sachverhalt* de Wittgenstein), “verdades”. Frege desconfía de la categoría de los *hechos*, y con buenos motivos a nuestro parecer, ya que sólo las verdades físicas corresponden a eventos, acontecimientos o hechos, no las verdades matemáticas o metafísicas, que sin embargo tienen por objeto una realidad. En todo caso, Frege prefiere definir a los hechos como “pensamientos verdaderos”⁶. La referencia de una proposición verdadera es, para él, su valor de verdad, aquello por lo que es verdadera. Pero Frege poco antes ha renunciado a un ulterior esclarecimiento de la cuestión de la verdad, probablemente porque no es capaz de superar el punto de vista de la lógica.

Si las cosas se presentan diversamente por sus estados y operaciones, ¿toca también a los mismos hechos el presentarse diversamente? O en terminología de

⁵ Cfr. S. Kripke, *Naming and Necessity*, Basil Blackwell, Oxford 1980.

⁶ *Thoughts*, p. 25.

Frege, ¿tiene una misma verdad diversas presentaciones? La respuesta parece positiva. Ya vimos cómo para Frege “yo he sido herido” y “el Dr. Lauben ha sido herido”, en el contexto indicado, son dos proposiciones que expresan un mismo pensamiento.

Examinemos ahora una serie de ejemplos relativos a enunciados temporales, en donde la connotación temporal del verbo nos planteará un problema semejante. Comenta Frege:

“¿No hay pensamientos que son verdaderos hoy pero falsos en el curso de seis meses? El pensamiento, por ejemplo, de que ese árbol está cubierto de hojas verdes, seguramente será falso en el lapso de tiempo de seis meses. No, porque no es de ningún modo el mismo pensamiento. Las palabras ‘este árbol está cubierto de hojas verdes’ no son suficientes por sí mismas para constituir la expresión de un pensamiento, pues el tiempo de la emisión está también implicado. Sin la especificación temporal no tenemos un pensamiento completo. Sólo una frase con la especificación del tiempo, una sentencia completa en todos los sentidos, expresa un pensamiento. Pero este pensamiento, si es verdadero, lo es no sólo hoy o mañana, sino atemporalmente”⁷

Frege está distinguiendo aquí entre el pensamiento y la expresión del pensamiento. Al decir “Pedro corre ahora”, el *ahora* pertenece a la expresión del pensamiento, no al pensamiento mismo. Similarmente acontece si uno utiliza adverbios como “aquí” o “allí”, que implican la posición espacial del hablante. “Aunque el pensamiento sea el mismo, su expresión verbal debe ser diferente para que el cambio de sentido, que de otro modo se produciría en los diversos tiempos en que la frase es pronunciada, sea cancelado”⁸. “Hoy Pedro corre” se deberá decir mañana “ayer Pedro corrió”.

Para Frege las frases que enuncian un mismo hecho pueden connotar la peculiar situación temporal o espacial del hablante, y en principio son todas transformables entre sí, según reglas oportunas, dejando invariado el pensamiento al que se refieren. Lo mismo sucede con otras connotaciones subjetivas de las frases -poéticas, retóricas, musicales-, accidentales respecto al pensamiento significado. Todas esas connotaciones deben apartarse a la hora de una consideración científica. La ciencia, para Frege, debe estudiar los pensamientos verdaderos, prescindiendo por completo del sujeto cognoscente. La proposición científica ha de contener sólo la verdad objetiva invariante. Ejemplo paradigmático de este ideal es, para Frege, la proposición matemática. En la expresión “ $2+2=4$ ”, no aparece para nada el sujeto.

⁷ *Ibid.*, pp. 27-28.

⁸ *Ibid.*, p. 10.

3. Las proposiciones temporales en Santo Tomás

Al considerar las frases temporales, Santo Tomás se ve obligado a afrontar problemas semejantes a los que hasta ahora hemos estudiado en Frege. En la cuestión *Quodlibet IV*, q. 9, a. 2, Santo Tomás se pregunta si un enunciado que alguna vez es verdadero, es siempre verdadero. Para resolver este punto, señala, es necesario saber previamente si las proposiciones “Sócrates corre”, “Sócrates corrió” y “Sócrates correrá” son o no idénticas. Si lo son, entonces una frase verdadera en un momento es siempre verdadera; si no es el caso, entonces una frase verdadera en un punto del tiempo será falsa en los demás momentos. Santo Tomás piensa que esos tres enunciados no son idénticos, y justifica su posición analizando los factores que pueden ocasionar la diversidad proposicional. Tenemos tres casos posibles⁹:

1) Dos enunciados lingüísticamente diversos, pero con el mismo significado, debido a la sinonimia.

2) Dos enunciados distintos por diversidad en lo entendido.

3) Dos enunciados distintos por diversidad en el modo de entender.

La tercera posibilidad, nota Santo Tomás, nace de la diversidad de co-significaciones, cuando entendemos de modo distinto una misma cosa (*unam et eandem rem*). Y esto se da especialmente en el tiempo, pues el intelecto humano juzga de lo temporal incorporado al tiempo y no desde la eternidad¹⁰. Un hecho en el tiempo es visto por un observador situado también en el tiempo en distintas relaciones temporales con él -como pasado, presente o futuro-, así como un hecho en el espacio también es visto desde la perspectiva del observador. Por tanto, “es evidente que el mismo enunciable puede ser a veces verdadero, y a veces falso”¹¹. Y esto no se opone al principio de no-contradicción, según el cual una proposición no puede ser verdadera y falsa en el mismo sentido y “al mismo tiempo”.

La tesis tomista hace notar que nuestros juicios no se limitan a significar la realidad, sino que también reflejan nuestro modo de entenderla, pues el lenguaje es significativo de las cosas mediante los conceptos que de ellas tenemos. “Las voces

⁹ Cfr. *Quodlibet IV*, q. 9, a. 2.

¹⁰ Cfr. *ibid.*

¹¹ *Ibid.*

son signos de los conceptos, y los conceptos son semejanzas de las cosas”¹². No ha de extrañar entonces que en la manifestación de nuestros juicios aparezcan de un modo u otro circunstancias que denuncian el modo de ser del hablante, sus actitudes lingüísticas, su situación temporal y espacial, su relación con otros interlocutores, en una palabra, la dimensión pragmática del lenguaje. En algunos casos, estos elementos se muestran en la misma expresión lingüística (expresiones como “creo que...”, “te respondo que...”), y en otras ocasiones pasan más ocultos y es necesaria una labor de análisis para deslindar aquello que pertenece a la realidad extramental y aquello que atañe al cognoscente.

La posición de Santo Tomás y Frege sobre el estatuto lógico de la verdad temporal es opuesta¹³. Para Santo Tomás, la verdad temporal dicha en presente es verdadera sólo mientras el hecho acontece¹⁴. Para Frege, la verdad acerca de un hecho temporal es eterna e inmutable. Alguien podría decir que quizá en el fondo se trata de una diferencia técnica, pues todo dependería del modo de formular la frase. Si decimos “Juan ayer dio un paseo”, la connotación temporal corre a cargo del verbo, y por eso tal frase, para mantener su verdad, debe cambiar el tiempo verbal cuando Juan pasea actualmente, o cuando el hecho es pasado. En cambio, si afirmamos “Juan pasea el 15-X-1986”, el verbo en presente perdería su función temporalizadora -al modo del presente verbal de las proposiciones atemporales-, ya que tal función sería desempeñada por la fecha.

Pero esta última interpretación aparece un poco forzada. La fecha introduce tan sólo la medida numérica del tiempo -siempre relativa, por otra parte, al sistema de medición-, pero no sustrae al verbo su sentido temporal (por eso se ha de decir “X tal día caminó”, o “camina”, o “caminará”). La idea de ver en estas proposiciones la expresión de verdades inmutables no aparece sostenible (sí es inmutable la verdad del pasado). La unidad primaria de significación de los diversos tiempos verbales es el presente, el tiempo de las cosas en acto, y no una eternidad mental.

Detrás de estas dos soluciones aparentemente técnicas hay que ver la presencia de dos ontologías. En el caso de Frege, la ontología de las “verdades eternas objetivas” separadas, al menos lógicamente, del mundo actual y cambiante de las

¹² *Ibid.*

¹³ J. Hintikka estudia el problema de la temporalidad de la verdad según Aristóteles en *Knowledge and the Known*, Reidel, Dordrecht 1974, pp. 50-79.

¹⁴ Cfr. *De Veritate*, q. 1, aa. 4-6; q. 14, a. 12; *S. Th.*, I, q. 14, a. 15, ad 3. La posición, por lo demás, es aristotélica: cfr. *Categ.*, 4 a 23.

cosas. En Santo Tomás, la metafísica que aquí llamaríamos, con una expresión del *De Veritate*¹⁵, de las “verdades inherentes”, en virtud de la cual las verdades acerca de las cosas se refieren a aspectos inherentes a las cosas mismas, y no a un mundo ideal separado. De hecho, la tesis tomista de la mutabilidad de la verdad contingente cuadra de lleno con la doctrina de la verdad como correspondencia de la mente con la realidad, que Frege no llega a comprender. Si la realidad se altera, la correspondencia establecida en una proposición relativa a esa realidad también se altera, y lo que era verdad pasa a ser falso¹⁶.

Se puede concluir entonces que las proposiciones referidas a un mismo acontecimiento y expresadas en distintos tiempos verbales son diversas en atención al modo humano de entender, pero su unidad procede de que significan un mismo hecho. La “diversidad de presentación” fregueana es paralela al “diverso modo de conocer” de Santo Tomás. En terminología de Frege, habría que decir que las diversas proposiciones temporales acerca de un mismo hecho tienen diverso sentido y la misma referencia. Esas proposiciones expresan una misma verdad, un mismo pensamiento, si por verdad y pensamiento entendemos la referencia, o lo que la frase significa, no su modo de significar. En este sentido hay acuerdo entre Frege y Santo Tomás. Pero cuando Frege dice que la verdad de un hecho temporal es inmutable, su afán de salvaguardar la identidad de la verdad objetiva le ha deslizado hacia el platonismo. Ni el hecho, ni la verdad que lo enuncia, son inmutables; su unidad, su consistencia, contra las insidias del subjetivismo, quedan perfectamente aseguradas por el principio de no-contradicción, según el cual lo que es, mientras es, no puede ser otra cosa, ni ser entendido como no siendo.

4. Modos de decir equivalentes

El cuadro de los modos de decir referidos a una sola verdad es aún mucho más amplio. Aunque los hechos o los estados de cosas tengan su propia estructura, la mente puede entenderlos en otro orden, por motivos lógicos, psicológicos, pedagógicos, estéticos, etc. Una narración, una secuencia de frases, o una sola proposición van dando una serie de notas y circunstancias de las cosas, siguiendo un orden que no responde necesariamente a la configuración real de las mismas. Criterios

¹⁵ Cfr. *De Veritate*, q. 1, a. 4.

¹⁶ Cfr. *ibid.*, q. 1, a. 6.

estilísticos pueden aconsejar decir “vino ayer por la tarde”, en vez de “ayer, por la tarde, vino”, si bien estas dos proposiciones notoriamente enuncian un mismo hecho. La voz activa y pasiva son asimismo equivalentes¹⁷, pero una significa el hecho desde la acción, y la otra desde la correlativa pasión.

La teoría de la proposición pictórica carece de fundamento. No se puede esperar una correspondencia especular entre el orden de la proposición y el orden de las cosas misma. Incluso en los términos, como señala Santo Tomás al tratar de los nombres de Dios, se ha de tener en cuenta la distinción entre lo que es significado (*id quod significatur*) y el modo de significar (*modus significandi*)¹⁸. Este último varía según la articulación de los predicables y la analogía conceptual.

En la lógica clásica encontramos casos interesantes de transformaciones proposicionales que dejan inmutado el significado, como la conversión (“todo hombre es mortal”/“algún mortal es hombre”), la obversión (“todo hombre es falible”/“ningún hombre es infalible”) y la contraposición (“todo planeta es cuerpo”/ningún no-cuerpo es planeta”). La lógica moderna amplía el radio de estas transformaciones jugando con equivalencias entre operadores que permiten sustituciones cuasi-algebraicas en las proposiciones compuestas (por ejemplo, “viene”/“no es verdad que no viene”, por la ley de la doble negación).

Generalmente se ha atendido poco a estas equivalencias, dando por sentado que, en principio, si no añaden “nada nuevo”, dejan inalterada la misma verdad o el mismo significado, aunque a veces se ha discutido, por ejemplo, si la inferencia inmediata de la lógica tradicional lleva o no lleva realmente a la obtención de nuevas verdades.

Pienso que estos problemas podrían resolverse acudiendo a la distinción que hemos manejado entre identidad de significado y pluralidad en el modo de entender. Pero la identidad de significado, para que tenga algún sentido, debe ser reconocible por el hombre, y esto implica que la lógica trabaje con una geografía ontológica subyacente. En este sentido, hay enunciados que se acomodan más al orden real que otros, mientras que los hay completamente artificiales. Con otro ejemplo, expuesto por el mismo Aristóteles: el accidente inhiere en la substancia, y no al revés; sin embargo, podemos predicar el accidente de la substancia (“este hombre es músico”), o

¹⁷ Cfr. *Thoughts*, pp- 9-10.

¹⁸ Cfr. Santo Tomás, *C. G.*, I, 30.

la substancia del accidente (“este músico es hombre”), según nuestro modo de conocer¹⁹.

Algo semejante ocurre con los nombres comunes de idéntico significado, simples o compuestos, porque uno de los dos es la definición del otro, o porque ambos tienen la misma definición, aun conteniendo conceptos diversos. El que piensa “lunes”, entiende algo distinto del que piensa “el día anterior al martes”, pero se refiere a lo mismo (descartamos aquí la pura equivalencia nominal, como sería el caso de un nombre y su abreviatura). La misma esencia, y no sólo el individuo, puede ser entendida con conceptos diversos. Este punto es problemático en Frege, ya que él no dispone de una teoría de la esencia real, y no llega a distinguir claramente entre el sentido y la referencia de los términos conceptuales.

Para Aristóteles, una misma esencia admite varias definiciones, de las cuales, sin embargo, una es más propia y las otras son laterales²⁰. Así, podemos definir al hombre como “animal racional”, “animal social”, “animal con libertad”. No basta establecer una equivalencia entre esas expresiones sólo por la identidad extensional (también “bípedo implume” es coextensivo con todos los hombres). Para entender un objeto necesitamos diversas aproximaciones conceptuales, entre las cuales hay un orden, unas prioridades y una reducción de unas a otras. Esas diversas expresiones mencionadas se refieren a lo mismo, a la naturaleza humana, conteniendo sentidos o conceptualizaciones diferentes. Como no son sinónimos los nombres de Dios, que significan complejamente la Esencia simple de Dios²¹.

No podemos ya alargarnos más sobre este último punto relativo a la equivalencia entre las expresiones conceptuales complejas. Basta señalar, como conclusión general, que las sustituciones entre las diversas formas de “decir lo mismo” no pueden hacerse según una pura lógica formal de la identidad, como en matemáticas. La lógica de la predicación no lo permite. El principio leibniziano, tanta veces invocado por Frege, *eadem sunt, quae sibi mutuo substitui possunt, salva veritate*, no es aquí suficiente.

¹⁹ Cfr. Aristóteles, *Analíticos Posteriores*, I, 22, 83 a 35 - 83 b 30.

²⁰ Cfr. Aristóteles, *Metafísica*, V, 14, 1020 b 7-8.

²¹ Cfr. Santo Tomás, *C. G.*, I, 31 y 35.